

mensaje que el que acabamos de mencionar, una mediana costumbre de leer entre líneas habría bastado para discernir las intenciones del soberano, porque desde el momento en que éste indicaba cuál de las dos resoluciones aprobaría, ¿acaso no proscibía implícitamente la otra?

Todos estos síntomas permitían presentir lo que sucedería luego. El 11 de julio, á las seis de la tarde, el Sr. de Gramont, más impaciente que nunca, telegrafió al Sr. Benedetti: «En el punto á que han llegado las cosas, no debo ocultaros que vuestro lenguaje, en cuanto á energía, no responde á la posición adoptada por el gabinete del emperador. Es preciso que hoy lo acentuéis más. No podemos admitir la distinción entre el rey y su gobierno que os ha sido expuesta, y pedimos que el rey prohíba al príncipe de Hohenzollern que persista en su candidatura;» y luego añadía: «Si mañana no tenemos una respuesta decisiva, consideraremos el silencio ó la ambigüedad como una negativa á hacer lo que pedimos.» La fortuna, antes de abandonar del todo (¿y qué modo de abandonarle!) al ministro de Negocios extranjeros, había de favorecerle mucho más de lo que su imprudente impetuosidad merecía, acudiendo, por decirlo así, á su llamamiento. Había pedido el Sr. de Gramont una respuesta dentro de las veinticuatro horas, y antes de que éstas hubiesen transcurrido llegaba la contestación oportunamente, no de Ems ni de Berlín, sino de Sigmaringen, como podía conjeturarse. El general Domínguez, que ya había salido de Madrid, no necesitó llegar al término de su viaje, pues en la mañana del 12 de julio el príncipe Antonio telegrafió al general Prim que, en vista de las complicaciones que traía consigo la candidatura de su hijo, retiraba, en nombre de éste, la aceptación (1).

XV

Con el despacho de Sigmaringen termina la primera fase del incidente Hohenzollern. Una intriga, poco tranquilizadora para nuestros intereses, poco decorosa para nuestro honor, se había urdido secretamente, aparte de nosotros y contra nosotros. El proceder, sea dicho en el lenguaje menos duro, era el de un mal vecino y revelaba, si no la idea preconcebida de provocar la guerra, al menos pocos deseos de evitarla. La declaración de 6 de julio había acentuado en demasía nuestro resentimiento; pero la justicia de nuestra causa había cubierto nuestras temeridades. Prusia se había emocionado; España, nuestra amiga, se había trastornado á la idea de disgustarnos; los mismos á quienes se destinaba el trono se habían asustado de sus grandezas. Con más astucia que altivez, Guillermo se había preparado para dos fines, y estaba á la vez dispuesto á continuar vivamente su juego ó á pretender con un tranquilo aplomo que no había jugado. Ante la perspectiva de la censura universal, acababa de detenerse, con una mezcla de moderación—pues no le gustaban las violencias—y de pesar—pues sabía que estaba dispuesto á la guerra. Sus parientes rehusaban la corona. Conforme había dicho á Benedetti, él aprobaría la decisión de éstos. No pedía

(1) Véase *Aus dem Leben Koenig Karls von Rumänien*, tomo II, págs. 101-102.

más que un poco de tiempo para poner bien á salvo su dignidad, para separar bien los papeles y no atribuirse sino el de *ratificador*, para dejar bien sentado que si se había hecho una concesión á Francia, esta concesión no procedía de Berlín.

El despejo fué tan corto que apenas se notó. He aquí ahora la segunda fase, la fase en que las intempestivas exigencias de Francia devuelven á Prusia las ventajas perdidas.

Al telegrafiar de Sigmaringen al general Prim, el príncipe Antonio había remitido una copia de su telegrama al Sr. Olózaga, embajador de España en la corte de las Tullerías. Serían las doce del día cuando Emilio Ollivier recibió la noticia. Su espíritu sencillo y recto la interpretó según su sentido natural, es decir, como el anuncio de la paz. Ni su educación ni su temperamento le habían preparado para las reservas diplomáticas. Contenido del cambio de cosas (pues nadie tenía más horror que él á la guerra), no resistió al deseo de manifestar su alegría. Yendo al Palacio Borbón, encontró al director de *La Liberté*, Sr. Detroyat, y comunicándole el mensaje, le suplicó que atemperase los ardores bélicos de su colaborador Emilio de Girardin. Cuando el ministro llegó á la Cámara, muchos diputados, á pesar de ser tan temprano, se hallaban ya reunidos, pues la ansiedad les había hecho ser puntuales. Ollivier, radiante, desplegó el precioso papel, lo leyó, volvió á leerlo, lo comunicó y hasta lo dejó correr tanto de mano en mano que le costó trabajo recogerlo. Viendo entrar á Thiers en el salón, se le acercó diciéndole: «Tenemos lo que deseamos,» y le resumió la información. Como Thiers le recomendase que evitara toda manifestación comprometedor, Ollivier replicó: «Tranquilizaos; tenemos la paz y no la dejaremos escapar (2).» Numerosos especuladores habían invadido el Palacio Borbón. A la primera divulgación de la gran noticia, tomaron por asalto los coches de punto y, á cual más aprisa, fueron á precipitarse bajo los pórticos de la Bolsa. Al principio de la sesión parlamentaria, el anuncio de la llegada del emperador, que había vuelto de Saint-Cloud á las Tullerías, había parecido señal de guerra y provocado un verdadero alocamiento. Como la esperanza sucediese á la inquietud, los valores subieron tan rápidamente como habían bajado, y el 3 por 100 se elevó de 67 francos á 70.

Aquellas expansivas confidencias eran más bien de un buen ciudadano que de un político. La verdadera habilidad estaba en guardar silencio, hasta que los esperados despachos de Benedetti anunciasen la aprobación del rey. Por mucho que cuidase el monarca de no intervenir sino en el momento oportuno, sin apresuramiento y á título de simple aprobador, la incertidumbre no podía prolongarse más de un día. Entonces una comunicación oficial hecha á las Cámaras hubiera permitido fundir las dos informaciones, la del desistimiento y la del asentimiento real. La segunda noticia hubiera completado y, por decirlo así, autenticado la primera. La negociación, terminada felizmente, hubiera aparecido en conjunto y el público hubiera sancionado su honrosa conclusión. El efecto de un despacho aislado

(2) *Enquête parlementaire sur le 4 Septembre* (declaración de Thiers), tomo I, pág. 8.

era muy distinto. Los pacíficos se alegraron muy sinceramente y patrióticamente; pero los belicosos no se sintieron desarmados.

Tan pronto como se hubo disipado un poco la sensación de la gran noticia, los diputados de la extrema derecha, desmenuzando el despacho, se aplicaron á contener los impulsos de la alegría. Empezaron por manifestar la sorpresa de que un documento tan grave fuese comunicado á todo el mundo y los agentes de Bolsa pudiesen ser de los primeros en enterarse de él. Analizaron luego el telegrama, detallando todo lo que hubiera de contener y todo lo que no contenía. No contenía ni el nombre del rey, que había dirigido la intriga, ni el del príncipe Leopoldo en provecho de quien se había urdido la trama; en el documento no se hacía mención de Prusia ni de Francia. El remitente era un alemán, el príncipe Antonio, y el destinatario un español, el general Prim. El telegrama no hacía más que cruzar la Francia. Habíase remitido una copia al señor Olózaga, y era esta copia, recogida á su paso ú oficiosamente comunicada, la que pretendían ofrecer al país como una garantía de paz. El ruido de las disputas y de los apóstrofes llenó pronto los salones y los pasillos del Palacio Borbón. Supliendo á su corto número con su audacia, los bonapartistas autoritarios declamaban con inaudita vehemencia, calificando de insignificante la concesión y de cobardes á los que se contentaban con ella. En los límites de la derecha y del centro, los conservadores puros se asociaban al ruido con la violencia que nace á menudo de la debilidad. A los patriotas exagerados y á los fogosos se unieron los que, en las combinaciones recientes, buscaban provecho para su ambición y satisfacción para sus odios. El más animado era Clemente Duvernois, el cual, después de haber figurado en el gobierno del 2 de enero en el momento de su formación, fué excluído de él, y le irritaba el recuerdo de sus esperanzas aplazadas. Arrastró á unos cuantos colegas en una de las secciones y allí debatió una demanda de interpelación. En la cuestión Hohenzollern veía una causa á ganar contra el ministerio; pero sólo iba á ganarla contra Francia.

En medio de este tumulto, distinguíase una palabra que los más ardientes se complacían en repetir: se hablaba de *garantías*, de garantías que Francia debería reclamar para lo porvenir. La idea, la idea fatal, no era del todo nueva, puesto que días antes se había formulado en el *Figaro* y en *La Liberté*. Pero adquirió precisión en boca de Clemente Duvernois.

La interpelación de éste versaba «sobre las garantías que el gabinete había estipulado ó contaba estipular á fin de evitar la vuelta de complicaciones sucesivas con la Prusia.»

¿Dominaría el gobierno esta opinión violenta y ficticia ó se dejaría arrastrar por ella? Esto causaba la mayor ansiedad.

Justo es decir que, en aquella jornada del 12, el primer movimiento del duque de Gramont fué el de la prudencia. A la una y cuarenta minutos telegrafió á Benedetti: «Emplead vuestra habilidad, por no decir vuestra destreza, para hacer constar que la renuncia del príncipe de Hohenzollern os ha sido anunciada, comunicada ó transmitida por el rey de Prusia ó su gobierno. Para nosotros, eso es de la más alta importancia.

La participación del rey debe ser á toda costa consentida por él ó resultar claramente de los hechos (1).» Esta *participación «saisissable»* derivaría, en rigor, de la aprobación que el monarca daría al desistimiento. No podía dudarse de esta aprobación. Que se produjera en forma más ó menos espontánea ó más ó menos explícita, ello poco importaba, á menos de querer sacrificar el fondo á la forma. A pesar de los clamores belicosos, la obra de apaciguamiento no parecía, pues, comprometida aún con tal de que el gobierno supiese contener á los impacientes del Cuerpo legislativo. Algunas palabras muy breves hubieran bastado para restituir su verdadero sentido al telegrama de Sigmaringen y hacer presentir en términos mesurados el complemento que recibiría por el próximo correo de Ems. La extrema izquierda hubiera sido reducida á silencio, los tímidos hubieran recobrado ánimo, y quizá se hubiera diferido el choque supremo.

Pero no sucedió así. A primera hora de la tarde el ministro de Negocios extranjeros se enteró de las manifestaciones del Palacio Borbón y después tuvo conocimiento de la interpelación de Clemente Duvernois. Los bonapartistas autoritarios del Cuerpo legislativo le devolvían las pasiones que él había excitado. Sus cortas veleidades de moderación se desvanecieron, y la clara visión de las cosas se oscureció de nuevo á sus ojos. En los pasillos de la Cámara se hablaba «de garantías para lo porvenir.» Desgraciadamente para Francia, el duque de Gramont iba á reproducir y apropiarse la fórmula.

Empezaba éste á ceder á aquellas recrudescencias de irritación, cuando en el palacio del muelle de Orsay se presentó, á cosa de las dos y media, el Sr. de Werther, que había llegado de Ems por la mañana. Apenas había empezado la entrevista cuando llegó el embajador de España, portador, según él decía, de un mensaje urgente. Como la comunicación podía influir en las negociaciones con la Prusia, el Sr. de Werther prestóse gustoso á una suspensión de la entrevista y pasó á un salón inmediato. El Sr. Olózaga venía á notificar el desistimiento. Gramont conocía ya el telegrama, y bajo la influencia de las prevenciones que habían disminuído un instante para renacer con más fuerza, se obstinó en juzgar el despacho, no por la casi seguridad de paz que contenía, sino por las lagunas que lo hacían insuficiente é incompleto, señalando lo que en él faltaba, es decir, el nombre y la intervención del rey. Como Olózaga le felicitase, replicó que España tenía sin duda derecho á regocijarse, pero que, para Francia, el desistimiento así anunciado no creaba sino una complicación más.

Después de oír estas palabras poco tranquilizadoras, el embajador de España se retiró, y el Sr. de Gramont reunióse otra vez con el Sr. de Werther. Antiguas relaciones autorizaban cierta familiaridad entre estos dos hombres. Sin ninguna aspereza de forma, pero en el tono de una queja muy viva, el duque recapituló sus cargos: el rey había autorizado la candidatura Hohenzollern sin ninguna inteligencia previa con el gobierno imperial, ofendiendo con ello á Francia: el proceder había

(1) «La participation du roi doit, à tout prix, être consentie par lui ou résulter des faits d'une manière saisissable.» (Duque de Gramont, *La France et la Prusse*, pág. 103.)

sido tanto más sensible cuanto que, en todas las cuestiones políticas, la corte de las Tullerías había tenido siempre con el gabinete de Berlín las mayores consideraciones. A estos argumentos el diplomático prusiano opuso réplicas muy mediocres: alegó, contra toda verosimilitud, que el rey no podía oponerse al deseo del príncipe Leopoldo, y añadió, con igual falta de fundamento, que las relaciones del candidato con la familia imperial no permitían prever la hostilidad de Francia. Dominado por el deseo de asociar el gabinete de Berlín a la renuncia, Gramont dió á comprender que el desistimiento era debido sin duda á las sugestiones del rey. Era un modo indirecto de provocar una confesión que acentuase el éxito para Francia y el retroceso para Prusia. El embajador adivinó la intención y se apresuró á decir: «No, el rey ha sido ajeno á la resolución del príncipe.» Tan formal negativa revelaba la susceptibilidad de Prusia, resignada á ceder sobre el fondo, pero celosa hasta la suspicacia de guardar la forma. Durante la entrevista, el Sr. de Werther había manifestado varias veces, en nombre de su soberano, que no se tenía intención alguna de ofender al emperador ni de herir el sentimiento público francés. La manifestación, calurosamente repetida, parecía sincera. Siempre en busca de un expediente que hiciese intervenir la persona del rey, Gramont tomó nota de estas palabras y emitió la idea de una carta que el monarca dirigiría al emperador y borraría entre ambos países toda huella de mala inteligencia. Sin acoger la insinuación, Werther no la rechazó perentoriamente. Apoyado en esta semiaquiescencia, sin sospechar peligro ni asechanza, el ministro explicó su proyecto, y con una singular mezcla de confiada ingenuidad y de presunción, hasta esbozó el plan de lo que Guillermo podría escribir. Esta especie de borrador, publicado más tarde por el mismo duque (1), estaba así concebido: «Al autorizar al príncipe Leopoldo de Hohenzollern para que aceptase la corona de España, el rey no creía atentar á los intereses ni á la dignidad de la nación francesa. Su Majestad se asocia á la renuncia del príncipe de Hohenzollern y desea que toda causa de mala inteligencia desaparezca de hoy más entre su gobierno y el del emperador.» Era entonces costumbre de los diplomáticos franceses el entregar á Prusia las huellas escritas de sus pensamientos más confidenciales. Esto había hecho Benedetti, y esto hizo á su vez Gramont. Después de haber redactado su nota, la transcribió y entregó la copia al embajador (2). En esto llegó Emilio Ollivier que venía del Cuerpo legislativo. Ollivier había visto desde luego en el telegrama de Sigmaringen el indicio seguro de la paz; pero las manifestaciones de la Cámara turbaban su alegría. Puesto al corriente de la entrevista y siendo de natural poco desconfiado, ávido de todo lo que podía activar el desenlace, aprobó lo hecho por su colega. Ni uno ni otro parecen haber caído en la cuenta de que á los reyes, sobre todo á los reyes enorgullecidos por victorias, no les gusta que les dicten sus cartas; de que, en Berlín ó en Ems, una artificiosa interpretación podía dar el nombre de excusas á lo que no era más que fórmulas de conciliación, y de que así se

(1) *La France et la Prusse*, pág. 122.

(2) *La France et la Prusse*, por el duque de Gramont, página 121.

daría un pretexto para excitar las susceptibilidades germánicas. El lenguaje del Sr. de Werther no dejó adivinar ninguna objeción, y su taciturna reserva acabó de tranquilizar los ánimos. A las tres y media el embajador se retiró del ministerio para ir á redactar á toda prisa su informe que quería enviar por el expreso de Alemania (3).

Mientras se desarrollaban estas escenas en el palacio del muelle de Orsay, se manifestaban en la ciudad dos corrientes contrarias, una de jovial seguridad y otra de tumultuosa cólera.

Los que estaban alegres eran los hombres de espíritu verdaderamente político á quienes las temeridades de los días anteriores habían consternado; eran las personas pacíficas que detestaban las aventuras; era, sobre todo, esa masa inmensa que no se agita y que por esto mismo olvidamos á veces que representa la mayoría y la sensatez. En estos centros, el telegrama, que empezaba á divulgarse, era interpretado según su sentido natural, y nadie se figuraba que, una vez desaparecido el objeto de la discordia, subsistiese la querrela. Por aquellos días llegaban los informes de los prefectos que el ministro del Interior había consultado sobre el sentimiento de las poblaciones. La mayor parte de estos informes expresaban, en forma más ó menos velada, la repugnancia del país por la guerra. ¡Con qué alegría profunda, aunque silenciosa, no sería acogida en provincias la buena noticia! ¿Pero la conocerían jamás bajo su forma sencilla y tranquilizadora?

El partido de la guerra aumentaba rápidamente. En el Cuerpo legislativo continuaba el tumulto. Cuando Clemente Duvernois se presentó en la tribuna para leer su interpelación, muchos miembros del centro se persuadieron de que este hombre, que con tanta frecuencia había traducido los pensamientos de Napoleón, era esta vez también el portavoz del soberano. En esta creencia, reconocida más tarde como falsa (4), creyeron obrar como buenos cortesanos mostrándose muy belicosos: de ahí un aumento de murmullos y protestas irritados. Los pacíficos formaban la mayoría, pero una mayoría tímida, indecisa, que parecía pedir perdón por sus pensamientos. Los menos timoratos rodeaban á Thiers, le estrechaban las manos con mucha efusión, le instaban que tomase la iniciativa que ellos no se atrevían á tomar y le prometían un caluroso apoyo. Desde por la mañana, Thiers observaba con estupor los progresos de la insensatez pública. Al mediar la sesión, reunió en una de las secciones de la Cámara á varios ministros; les hizo ver el peligro de nuevas exigencias, que al convertir á Francia en agresora, comprometerían lo mismo al país que á la dinastía. Mege y Mauricio Richard, turbados, pero no convencidos, escucharon en silencio. Chevandier de Valdrome y Segris, conmovidos, según se dijo, hasta verter lágrimas, prometieron sostener la causa de la paz. Mientras tanto la agitación, nacida en la Cámara, iba repercutiendo fuera. Casi todos los periódicos de la tarde, apoderados de una emulación irreflexiva y malsana, salieron llenos de invectivas y de intemperancia guerrera. Al telegra-

(3) Duque de Gramont, *La France et la Prusse*, págs. 107 y siguientes. - Informe del Sr. de Werther al rey Guillermo, 12 de julio de 1870.

(4) Véase el periódico *L'Ordre*, 15 de octubre de 1871.

ma de Sigmaringen, aclamado por la mañana como la salvación, no se le dió ya otro nombre que el de la *dé-vêche du Père-Antoine*.

En medio de estos rumores, el duque de Gramont salió de París alrededor de las cuatro ó las cinco para ir á Saint-Cloud con el objeto de recibir órdenes del emperador.

El soberano había seguido melancólicamente la crisis en que se arriesgaba su corona y su país. Numerosos y seguros testimonios afirman que le repugnaba recurrir á las armas. Napoleón deseaba la paz por humanidad, porque le horrorizaba la sangre; por ganas de reposo, porque estaba enfermo; por saciedad de grandezas, porque después de la consagración del plebiscito, no tenía ya nada más que pedir al destino. El 10 de julio, recibiendo á uno de los agentes de Víctor Manuel, le había dicho estas palabras: «Espero la contestación de Prusia. Si renuncian á la candidatura en cualquier forma que sea, no habrá guerra (1).» El monarca había interpretado según su significación literal el telegrama de Sigmaringen, viendo en él la casi seguridad de un desenlace amistoso. El día 12, cerca de las tres, encontrándose aún en las Tullerías y antes de regresar á Saint-Cloud, había mandado á llamar al caballero Nigra y le había dicho, haciendo alusión al telegrama del príncipe Antonio: «Es la paz. Os convoqué para que telegraféis la noticia á vuestro gobierno. No he tenido tiempo para escribir al rey. Sé muy bien que la opinión pública se halla tan excitada, que hubiese preferido la guerra. Pero la renuncia es una solución satisfactoria y suprime, al menos por ahora, todo pretexto á hostilidades (2).» En la antecámara había uno de los ayudantes del emperador, el general Bourbaki. El monarca le habló en términos no menos tranquilizadores: «No necesitáis preparar vuestros equipajes de guerra, le dijo. El desistimiento del príncipe de Hohenzollern borra toda causa de conflicto.» Afirmase que, al enterarse de la interpelación Duvernois, Napoleón, lejos de aprobarla, sintió que se hubiese producido.

En esto llegó Gramont al imperial sitio de Saint-Cloud. El duque, en la memoria que publicó para justificarse, habla apenas de su entrevista con el monarca. Esta discreción priva á la historia de la principal fuente á que hubiera podido acudir. Por graves que fuesen las circunstancias, es indudable que no hubo ninguna deliberación oficial. Emilio Ollivier no se encontraba allí y los demás ministros se hallaban en el Palacio Borbón, donde Chevandier de Valdrome y Segris tomaron aquel día la palabra (3). Gramont no pasó más que una hora escasa en el castillo, pues sabemos que á las siete se hallaba de vuelta en el ministerio del muelle de Orsay redactando sus despachos telegráficos (4). ¿Qué pasó durante aquella hora decisiva y fatal? El duque, en su libro, deja adivinar claramente, aunque sin

(1) Telegrama de Vimercati al rey Víctor Manuel, 10 de julio de 1870.

(2) Nigra, *Ricordi diplomatici (Nuova Antologia)*, marzo de 1895, pág. 10.

(3) «El día 12 de julio no fué consultado el gabinete.» (Carta inédita del Sr. Segris al Sr. Plichón, 5 de marzo de 1871). - Las correspondencias manuscritas y las relaciones de los señores Louvet y Plichón concuerdan exactamente con la declaración de Segris.

(4) Duque de Gramont, *La France et la Prusse*, pág. 131.

desarrollarlos, los argumentos con los cuales hizo presión en el ánimo del emperador. Sintiendo, como el soberano, la interpelación Duvernois, hizo una animada descripción de las manifestaciones parlamentarias é insistió sobre la necesidad de dar satisfacción al sentimiento público, diciendo que no era posible contenerlo sino asociándose á él. Gramont no fué el único que se expresó de esta manera, puesto que habla de «debates concienzudos que precedieron la determinación.» ¿Quiénes fueron, á falta de los ministros, los amigos oficiosos admitidos á manifestar su parecer? Un silencio, hasta aquí impenetrable, ha cubierto ese conciliábulo, y si conocemos las resoluciones que de él emanaron, no hay medio hábil de repartir las responsabilidades. Todas las verosimilitudes autorizan á creer que una acción preponderante fué la de la emperatriz. ¿Qué otra influencia hubiera sido bastante poderosa para hacer cambiar bruscamente la voluntad del emperador? La misma reserva absoluta de Gramont deja conjeturar miramientos para con una persona augusta á quien una honorable fidelidad impide descubrir y nombrar. La resolución definitiva fué que cabía preguntar al rey que se asociase á la renuncia y asegurase que la candidatura, abandonada en el presente, no sería autorizada en el futuro. De modo que volvía á dominar en Saint-Cloud, independientemente de Emilio Ollivier y de sus colegas, y en virtud de un retorno tan funesto como brusco del poder personal, aquella idea de las *garantías* que ciertos periódicos habían ya formulado, que los violentos de la Cámara habían definido y que Clemente Duvernois acababa de traducir. Lo más singular es que los hombres que se apropiaron tales miras han manifestado que no tenían ninguna intención de guerra: «El soberano y sus consejeros, ha escrito Gramont, buscaban una solución pacífica.» No hay derecho á poner en duda la sinceridad de esta afirmación. Pero ¿qué decir de la previsión de una política que, deseando la paz, complicaba la única transacción que la haría posible? La única excusa es la excitación extraordinaria que el incidente Hohenzollern había producido en la Corte, en la Cámara, entre los militares y entre los periodistas; excitación irritada que impedía ver claramente las cosas. Uno de los analistas más penetrantes de aquellas jornadas famosas ha dicho hablando de los que entonces gobernaban: *Lo que faltó sobre todo fué la inteligencia* (5). Este juicio me parece excesivamente severo. Pero no vacilaré en decir variando la fórmula: *Lo que faltó totalmente fué la sangre fría*.

A las siete, Gramont, vuelto á su ministerio, transmitió á Benedetti el siguiente telegrama:

«París, 12 de julio, á las siete de la tarde.

»Hemos recibido de manos del embajador de España la renuncia del príncipe Antonio, en nombre de su hijo Leopoldo, á su candidatura al trono de España. Para que esta renuncia del príncipe Antonio produzca todo su efecto, parece necesario que el rey de Prusia se asocie á ella y nos dé la seguridad de que no autorizará de nuevo esta candidatura.

(5) Sorel, *Histoire diplomatique de la guerre franco-allemande*, tomo I.

»Servíos ir á encontrar inmediatamente al rey para pedirle esta declaración que no puede negar, si no está verdaderamente animado de ninguna segunda intención. A pesar de la renuncia que es ahora conocida, la animación de los espíritus es tal que no sabemos si conseguiremos dominarla.

»Haced de este telegrama una paráfrasis que podéis comunicar al rey.

»Contestad lo más pronto posible.»

En este telegrama se marcó la evolución de la política francesa. Cerca de las nueve, en una carta dirigida al Sr. de Gramont, el emperador acentuó las exigencias, recomendando «que Benedetti insistiese á fin de obtener una contestación categórica.» Mientras tanto, la agitación aumentaba en los bulevares, donde mucha gente cantaba la *Marsellesa* y numerosas partidas de beodos, preluando la guerra como se preludia un motín, gritaban con todas sus fuerzas: «¡A Berlín, ¡a Berlín!» Aquella misma noche Emilio Ollivier fué al ministerio de Relaciones extranjeras. Al enterarse de las instrucciones transmitidas á Benedetti, no disimuló su sorpresa, ni su disgusto, ni su inquietud. Más tranquilo que su colega y no pudiendo resignarse á perder el beneficio de la paz reconquistada, trató de suavizar, al menos en la forma, las reclamaciones de su gobierno. Bajo su influencia enviése, á las once y tres cuartos, otro telegrama á Ems, que no modificaba las tendencias anteriores, pero terminaba con una frase en que se revelaba claramente el deseo de una inteligencia equitativa: «Decid bien al conde de Bismarck y al rey que no abrigamos ninguna intención oculta, que no buscamos un pretexto de guerra, y que sólo deseamos salir honrosamente de una dificultad que no hemos creado nosotros.» El miramiento era prudente y la intención meritoria; pero el golpe estaba dado y Dios ya no permitiría que nada viniese á contenerlo ó atenuarlo.

XVI

La jornada del 13 de julio fué una de las más trágicas de nuestra historia. Hay que seguir sus peripecias: en Ems, donde se rompen los últimos hilos que retienen las negociaciones; en París, donde el gobierno imperial se encamina hacia la guerra, agarrándose á intervalos á la esperanza de la paz; y en Berlín, donde Bismarck, mediante una memorable impostura, cierra á sus imprudentes adversarios todas las vías del arrepentimiento y del retroceso.

El día 12, Benedetti había esperado hasta la noche una palabra de labios del rey, que fuese la aprobación del desistimiento. Guillermo se había contentado con mandarle á decir, á las seis, que al día siguiente recibiría noticias positivas. El cálculo del soberano acababa de descubrirse. Con seguridad no ignoraba el acontecimiento que ya se hacía público en París; hoy sabemos que acababa de ser enterado de la resolución por un telegrama del coronel Strantz (1); pero la irrevocable voluntad del monarca era no intervenir sino después y dejar por cuenta del príncipe Antonio y de su hijo la intriga interrumpida. Aunque esta conducta revelase

(1) Oncken, *Unser Helden Kaiser*, pág. 190.

un formalismo poco amistoso y poco interés en calmar las inquietudes, la esperanza, en Benedetti, superaba al temor. Ya circulaba en Ems el rumor del desistimiento: por otra parte, el rey había asegurado que, si el príncipe renunciaba espontáneamente, él aprobaría la decisión. Por consiguiente, á menos de alguna temeridad inesperada en París, ó de pérdidas maquinaciones en Berlín, podía esperarse un feliz desenlace. Así las cosas, el embajador recibió, á una hora muy avanzada de la noche, el telegrama expedido á las siete desde el muelle de Orsay. La exigencia de garantías para lo futuro era la guerra. Lo que sólo se veía á medias en Saint-Cloud, á través del espejismo de las ilusiones, aparecía en Ems con la claridad de la evidencia. Pero Benedetti, á quien el duque de Gramont había reprendido por su falta de energía, no quería exponerse á nuevas reprimendas. Informador día por día más bien que hombre de Estado, no tenía bastante influencia, ni bastante talento, ni bastante energía para atreverse á discutir sus instrucciones ó diferir el cumplimiento de las mismas, con la mira de un gran bien público. Provisto de una orden formal, estimó, como subordinado dócil, que su deber, su único deber, residía en la entera obediencia. El día 13, por la mañana, bajó al *Paseo de las Fuentes*, á la hora de más animación por el ir y venir de los bañistas. El diplomático francés esperaba encontrar allí algún personaje de la corte por conducto del cual podría solicitar una audiencia del soberano. Cerca del pabellón de la música vió á un ayudante de campo que se le acercó con mucha cortesía y le dijo: «Aún no ha llegado el correo de Sigmaringen; pero ya sabemos la buena noticia.» Al mismo tiempo, le presentó un suplemento de la *Gaceta de Colonia* que mencionaba el desistimiento: «He aquí una información que va á disipar vuestras preocupaciones,» añadió el ayudante. Benedetti escuchaba con aire sombrío, y esquivando pronto las felicitaciones, dijo á su vez: «Es necesario que yo hable al rey.»

Precisamente en aquel momento Guillermo, que volvía de las fuentes minerales, apareció por una de las alamedas. Vió al embajador, se dirigió hacia él (2), y la conversación se entabló en el paseo. Después de haber anunciado la comunicación hecha la víspera por el Sr. de Gramont al Sr. Olózaga, Benedetti continuó en estos términos: «La resolución tomada en Sigmaringen no puede tener para nosotros valor alguno si no la aprueba Vuestra Majestad. Además es esencial que se nos garantice contra toda reanudación ulterior del proyecto hoy abandonado. Permítame, pues, el rey asegurar á París que, dado el caso, prohibiría al príncipe que presentase de nuevo su candidatura.» Cuando el diplomático hubo concluido, el rey, muy visiblemente contrariado, manifestóse sorprendido por el paso del príncipe Antonio y por el del gobierno francés. Afirmó, contra toda verosimilitud, que ignoraba todavía la determinación del príncipe Leopoldo, y, eludiendo toda contestación demasiado positiva ó perentoria, hizo observar que, en semejantes circunstancias, le era imposible aclarar nada ni formular la declaración que le pedían. A Benedetti se le había encargado que insistiese, é insistió más de lo que la circunspección recomendaba:

(2) Benedetti, *Essais diplomatiques*, pág. 386.

«La renuncia del príncipe Leopoldo, dijo, no es dudosa. Después de todo, podemos razonar en hipótesis. Que, en la hipótesis del desistimiento, el rey nos asegure que interpondrá su autoridad para impedir en lo futuro toda reanudación del proyecto.» Lo terminante de la interrogación prevenía toda explicación evasiva. El rey replicó vivamente: «Reclamáis un compromiso sin término y para todos los casos, que no puedo contraer.» Y añadió en tono más suave: «Os aseguro que no tengo ningún designio oculto; ese asunto me ha ocasionado disgustos demasiado graves para estar tentado de dejar que renazcan; pero, verdaderamente, me es imposible llegar al extremo que deseáis.» Benedetti había prometido á Gramont que no ahorraría las observaciones. Aun á riesgo de ser importuno y como quien defiende una causa desesperada, desarrolló de nuevo sus argumentos: Francia sólo se proponía conjurar todo disintimiento para lo porvenir y devolver la confianza á los intereses abandonados. Toda esta insistencia fué inútil: «Me pedis, interrumpió el rey, una concesión nueva é inesperada, y no puedo hacerla.» Y con menos amenidad que de ordinario, aunque sin ninguna descortesía, despidió al enviado.

Mientras se decidían en Ems la suerte de Europa y la paz del mundo, los ministros franceses se reunían en Saint-Cloud. La convocatoria era, en verdad, muy tardía. En la tarde anterior, antes de enviar los decisivos telegramas á Benedetti, hubiera sido oportuno recoger los pareceres sin olvidar ninguno. Pero no se había hecho así. De un conciliábulo entre Gramont, el emperador y algunos familiares de palacio habían salido, precipitada y febrilmente, las resoluciones notificadas á Ems. Sólo al día siguiente eran convocados los ministros para deliberar sobre un asunto ya entablado y quizá irrevocablemente comprometido. Cuando el duque hubo dado á conocer la fatal demanda de garantías que venía á unirse á la demanda primitiva, la comunicación fué acogida con un largo silencio. Algunos ministros dejaron traslucir una sorpresa llena de consternación. Uno de ellos fué Parieu, hombre clarevidente y austero, inclinado instintivamente á probar una lucha que se presentaba bajo un aspecto de temeridad y de aventura. Del mismo número fueron Louvet y Plichón, hombres de entendimiento claro, independiente y firme, que veían en la guerra la derrota posible y en la derrota la dinastía comprometida, y no eran personas que se callasen las verdades útiles. Al lado de ellos, Segris, de alma excelente, pero tímido y en extremo impresionable, sentía verdadero espanto por la parte de responsabilidad que le tocaría. De este pequeño grupo nacieron las objeciones. Mostráronse asombrados de que, contra todas las reglas del régimen parlamentario, se hubiese enviado á Ems tan graves instrucciones, sin previo parecer del consejo de ministros. Expusieron los peligros de la orientación nueva: el rey se negaría á dar las garantías en cuestión: si Bismarck quería la guerra, se le proporcionaba un pretexto para empujar hacia ella: las recientes exigencias eran de poca utilidad y podían comprometerlo todo. «Es la guerra probable, casi segura, decía con vehemencia Plichón, y ¿quién puede asegurar la victoria?»

Algo turbado desde luego á causa de las críticas, Gramont se esforzó en explicar su extraordinaria ini-

ciativa: si no había consultado al gabinete, era para ganar tiempo: si hubiese podido sospechar divergencias, hubiera provocado una deliberación: la agitación pública y el sentimiento de las Cámaras hacían necesaria una política acentuada: la demanda de garantías no constituía una exigencia nueva, sino que era la continuación lógica de la reclamación primordial: toda otra conducta permitiría á Prusia evadirse. La discusión duró algún tiempo. «Yo me contento con la renuncia de Hohenzollern, venga por el conducto que venga, dijo Louvet, con la sola condición de que sea cierta.» Durante todo este coloquio, el emperador había guardado silencio. Agotada la discusión, el monarca invitó á sus consejeros que procediesen á la votación. ¿Caba contentarse con la retirada de la candidatura y con que el rey aprobase esta resolución? ¿Había que mantener, por el contrario, la demanda de garantías para lo futuro? Los señores Parieu, Plichón, Segris y Louvet se pronunciaron por que se contentasen con las satisfacciones obtenidas. Los demás ratificaron las instrucciones enviadas el día antes á Benedetti (1).

Al ratificarlas, abrigaban la esperanza de restringirlas ó atenuarlas. ¡Cosa que parece increíble y que, sin embargo, es cierta! Los mismos que cedían á la corriente no se persuadían, no querían persuadirse de que fuesen arrastrados hasta el último extremo. Desviando su conducta hacia las resoluciones que conducirían á la guerra, experimentaban un ansioso deseo de alcanzar la paz que huía. Emilio Ollivier, que era el menos belicoso de los hombres, no podía resignarse á la ruina de sus esperanzas. En aquellos días el *Constitutionnel*, que recibía las inspiraciones de este ministro, publicó, bajo la firma de Robert Mitchell, las siguientes líneas: «El príncipe de Hohenzollern no reinará en España; eso es todo lo que pedimos, y saludamos con orgullo esta solución pacífica que no cuesta ni una lágrima ni una gota de sangre.» El día antes Chevandier de Valdrôme, como Segris, había prometido á Thiers que sostendría la paz, y este compromiso, que respondía á los sentimientos de su corazón, respondía también á sus temores: habitante de las provincias fronterizas, en relación constante con nuestros vecinos, casado con una alemana, conocía mejor que nadie el poder de Prusia. El mismo duque de Gramont, ya porque la calma de la noche hubiese determinado en él las reflexiones, ya porque hubiesen influido en su modo de pensar las repugnancias de sus colegas, se inclinaba (harto tarde, por desgracia) á atemperar un poco sus instrucciones de la víspera. El resto del consejo demostró esta extraña, aunque muy real disposición de las almas. Estipulóse que las instrucciones no constituirían un *ultimatum*, que la demanda de garantías era susceptible de arreglo y que toda transacción honrosa sería aceptada. Como había de hacerse una declaración á las Cámaras, los términos de la misma fueron cuidadosamente calculados para evitar toda palabra agresiva. Habiendo pedido el mariscal Lebœuf que se le autorizara para extender las órdenes de movilización, la medida fué aplazada. En esto llegó una comunicación muy propia para fortalecer el partido de la paz. En la noche del 12

(1) *Papeles inéditos de M. Plichón; papeles inéditos de monsieur Louvet.*